

# Ramírez Villamizar en Venecia

Eduardo Serrano



Eduardo Ramírez Villamizar. *De la serie recuerdo de Machupicchu "Catalejo"*. Hierro oxidado. 1.10 x 2.20 x 0.60 m. 1980.  
Emplazamiento: 2011. Ubicación: Plazoleta central Sede Investigación Universitaria –SIU–

Las esculturas de Eduardo Ramírez Villamizar, con las cuales se hace presente en Colombia en la XXXVII Bienal de Vene-

cia [1976], continúan la orientación constructivista que ha definido todo el trabajo tridimensional del artista, y proponen si-

multáneamente consideraciones nuevas que permiten profundizar en la irrevocable coherencia de su proceso creativo. Ramírez Villamizar se ha internado directa y reflexivamente en la conquista de su propia obra, pero con cada paso, con cada solución, ha descubierto inquietudes distintas, proyectando con su trabajo el testimonio, generalmente elusivo, de un pensamiento visual concatenado y progresivo.

Sus obras, que han significado siempre un contundente rechazo a todo exceso emocional o ambigüedad son, sin duda, las más austeras realizaciones plásticas que se hayan producido en el país. En sus últimos trabajos, las formas geométricas transitan el espacio y son perceptivamente explícitas dadas las superficies lisas, el color homogéneo y la rotunda precisión que les confiere claridad a límites, vértices y ángulos. Pero son formas que se aprehenden de inmediato porque constituyen un todo unitario cuya integridad puede captarse fácilmente desde prácticamente cualquier punto de vista. Primero en madera, plástico o aluminio, posteriormente en concreto y, recientemente, también en láminas de hierro recortadas, que, no obstante estar pintadas (de blanco, negro o rojo), conllevan el contenido tecnológico del material y del proceso de la soldadura, sus esculturas han hecho cada vez más patentes las predilecciones del artista: por la concreción abstracta contra lo ilusorio, por las implicaciones del espacio contra la impenetrable sensualidad de los volúmenes, y por lo simple y lo simétrico ante lo complicado y lo caótico.

La simplicidad de los trabajos de Eduardo Ramírez Villamizar es obviamente, el resultado de una atenta y difícil reducción de elementos con miras a plantear, sin equívocos, ni distracciones, el énfasis objetivamente

real que les corresponde. Y aunque la dinámica de sus diagonales más recientes alude a balance y movimiento, la evidencia inescapable y paralela de la articulación de sus esculturas reitera sus primeros y penetrantes objetivos de estabilidad de orden y de permanencia.

Las últimas obras de Ramírez Villamizar son realmente maquetas para esculturas públicas de mayores dimensiones cuya imponencia final apenas podemos intuir o imaginar. Las bases necesarias para exponer las esculturas en su tamaño presente, por ejemplo, las separa del mundo del observador y las aísla del piso o de la tierra no obstante haber sido concebidas para involucrarse, estructurar y caracterizar el ambiente físico aledaño. Pero también es cierto que en su actual escala (160 x 70 x 460, la más grande) estas obras logran plenamente su cometido de comunicar el contenido expresivo de las formas mismas: su rigor, su fuerza, su solemnidad, su gracia y su pureza.

Sus trabajos responden al medio urbano, aun cuando califiquen los espacios de la naturaleza, y siguen primordialmente los dictados de la razón, aun cuando involucren en su apreciación la sensibilidad. Con afirmaciones lineales, cúbicas o planas y de medidas diversas pero relacionadas, y con las progresiones y secuencias, lógicas pero impredecibles, de sus módulos, Ramírez Villamizar propone en Venecia un arte de indiscutible validez que se basta para conmovir con su poderosa inmediatez y con su formidable presencia física.

**Eduardo Serrano** es crítico y curador de arte.